

Rosa Giove: itinerario y visión de las medicinas tradicionales amazónicas– primera parte¹

DRA. ROSA GIOVE²,
Tarapoto, 09.09.2017



CONTENIDO

- 1. Mi itinerario para llegar a las medicinas tradicionales amazónicas**
- 2. El reto de los estados modificados de consciencia para los Occidentales**
- 3. Los mensajes de la Ayahuasca sobre nuestra relación con la naturaleza**

1. Mi itinerario para llegar a las medicinas tradicionales amazónicas

Empecé por curiosidad pura. Yo estudié en la Universidad Cayetano Heredia, en Lima. Teníamos prácticas de campo por lo que habíamos estudiado un poco de medicina tradicional, pero más que nada como una cuestión de sociología, de curiosidad sobre las creencias de “esa gente” que vive fuera de Lima, como siempre desde una misma mirada académica, aunque mi universidad era bastante abierta. Si bien hubo algunos compañeros que se fueron a tomar San Pedro en Marcahuasi, yo no fui de la partida porque mis familiares no me dejaban.

Nunca tuve ninguna curiosidad por modificar mi estado de conciencia, ¡salvo con chocolate o café!, pero sí me interesaba mucho conocer la medicina popular. ¿Cómo la gente se cura en su

¹ Transcripción del audio, con arreglos de la sintaxis y la estructura, de una entrevista realizada en Tarapoto el 09/09/2017 por Cristina del Águila para el desarrollo de su libro “Ayahuasca. Más allá del Amanecer”. Se han guardado expresiones espontáneas y la autenticidad del estilo de la entrevistada, con las aproximaciones y redundancias inevitables del estilo oral.

² Rosa Amelia Giove Nakazawa (1952-2022), médico-cirujano, cofundadora del Centro Takiwasi, Tarapoto, Perú, www.takiwasi.com

casa, cómo la gente que no tiene dinero puede acceder a métodos de curación, cómo hay un conocimiento en la población que es desconocido por nosotros los médicos, por qué no nos enseñan eso? Cuando uno va a una posta rural en Lima, se encuentra ahí con gente que ya viene con un tratamiento iniciado y hay muchos que ni siquiera llegan a la posta porque conocen remedios. Conocen tisanas, conocen medicinas naturales que tienen mucho menos efecto secundario que la medicina occidental, que los fármacos.

Entonces yo estuve en una posta en el Ermitaño, un asentamiento humano que quedaba cerca de mi universidad. Había una enfermera que era monja española, y cuando la gente no tenía dinero, les daba recetas para que hagan un jarabe de cebolla para la tos o que tomen ajo, por ejemplo, y cosas así.



Rosa en Lima con su tía abuela Rosa Amelia Jara Morales, "la Nena" (1895 – 1987).



Eso a mí me interesaba desde antes porque yo me acordaba que cuando era chiquita había tenido un susto. Mi tía abuela tenía una casa en Chosica donde íbamos los fines de semana. Había una curandera que se llamaba la mamá Rosa y que sobaba, que curaba el susto, era huesera. Y en contacto con ella, he visto mucho cómo usan plantas y hierbas. Así que yo ya tenía ese enfoque por haber ido tomando notas de recetas de jarabe de cebolla, cositas para la piel, hojitas de mastuerzo para la piel, cosas por el estilo, "recetas de brujas" por decirlo así. Y de hecho yo creo que, en Perú, en toda casa, siempre, en algún momento, las mamás, las abuelas han usado hierbas para las cosas simples que tuvieron. Entonces ahí hay una fuente de conocimiento bien grande que, sin embargo, está totalmente divorciada de la farmacia, del método académico. Inclusive, cuando la gente iba al hospital, la trataban mal, los médicos a los pacientes.

Cuando vine acá al hospital de Tarapoto, yo llegué con todo mi entusiasmo académico de Lima y me encontré con un hospital que no tenía medicamentos, una ciudad que no tenía las farmacias ni



Llegada a la selva de San Martín.

los especialistas que se tiene en Lima. Eso fue en los años 1978-79. Creo que había 13 o 14 médicos en toda la región.

Vine por un año y volví a Lima, pero extrañaba y regresé a Tarapoto. “Mal de montaña”, dicen, pero el asunto es que yo aparentaba menos edad que la que tenía y era mujer, y en esa época no había muchos médicos mujeres, entonces cuando alguien tenía una enfermedad importante, se iba a un médico hombre. Entonces

para estar curando cositas en la piel, amigdalitis, cositas así, hasta que me salgan canas, estaba fregada la cosa. Por eso volví, porque aquí sí había necesidad y trabajo.

Cuando estuve en el hospital de Tarapoto, me di cuenta de que en comparación con lo que yo había visto en Lima en medicina popular, tocando gente de barriadas, gente que venía de la sierra central básicamente, aquí era mucho más amplio, más complicado, más complejo, que era todo un sistema, bien organizado con sobadores, parteras, y toda una serie de cosas bien interesantes. Entonces empecé a sistematizar un poco lo que veía, a ordenar, a tomar nota de las recetas que me daba la gente para completar su tratamiento, lo que yo ya había hecho antes en Lima.

Y la cereza en el helado fue cuando tuve un paciente internado, que era mi vecino, un niño que tenía fiebre de origen desconocido, “fiebre de origen oscuro” decimos los médicos cuando no se encuentra la causa. Su mamá me decía, “Doctora, pero ¿qué tiene?”. “No sabemos, señora, hay que hacer más análisis, pero no sale nada, no sabemos”. “Yo sí sé, doctora, qué es, se ha caído de la hamaca, se ha lisiado”. Pues el lisiado es una luxación, pero no le encontraba luxación en ningún hueso. Problema semántico ahí. Pero llegó el viernes, la señora me dice, “Doctora, es fin de semana en el hospital no me lo van a atender bien, yo lo saco”. Alta voluntaria, se lo llevó.

Los domingos, hasta ahora, voy al mercado temprano. Este domingo, salgo con mi canastita, paso por mi vereda y veo al paciente. El chiquito está sentado ahí y, por manía, le pongo la mano en la frente, ya no tenía fiebre. “Señora, ¿qué le ha dado su hijito? ¿Está con algo para la fiebre?”. “No, doctorita, ya lo llevé a sobar, ya lo han acomodado, tenía su wiwano (cóccix) torcido y eso le estaba dando fiebre, ya se lo han enderezado y ya está bien”. ¿Cómo es que un curandero, un sobador empírico, puede enderezarle su colita a un bebé que se ha caído de la hamaca y con eso le arregla la fiebre? ¿En qué libro está eso de que cuando uno tiene una colita torcida tiene fiebre? En ningún sitio.

Empecé a buscar, a buscar, a buscar, pues en esa época era complicado, no había internet. Pero por ahí yo tenía unos libros antiguos, de medicina china, de medicina natural, y empecé a ver que el tema estaba en el plano energético. Entonces ahí me encontré de frente con el descubrimiento de que esta gente, que a veces no sabe ni leer ni escribir, conoce cosas sumamente útiles e

interesantes que en la universidad nunca me enseñaron. Entonces ahí empecé a curiosear todo lo que pude. Con los curanderos, con las parteras, con los pacientes.



Rosa visitando comunidades de San Martín, indagando sobre medicina popular, años 1980.

¿Hay curanderos en ese pueblo, con qué curan, qué usan? Empecé a hacer eso y a usar algunas plantas de acá con los pacientes para bajar los costos de tratamiento. Cosas indispensables de farmacia las recetaba y añadía otras cosas: medios físicos, plantitas, cosas así. Y poco a poco empecé a dejar más los remedios sintomáticos y usar más las plantitas. Fue un híbrido prácticamente. La gente lo sabía y lo aceptaba con ganas. Así fui conociendo un poco lo que era la medicina tradicional de la zona.

En esa época estaba casada, estaba con la maleta hecha continuamente porque cada año decía “me vuelvo a Lima”. A cada vacación del colegio de los chicos decía “me quedo en Lima”. Iba a Lima y pensaba “mejor vuelvo a Tarapoto”. Entonces estaba en esa indecisión y en medio de un proceso de divorcio.

En 1986, llegó Jacques (Mabit³) a hacer su investigación de medicina tradicional, él era doctor en medicina con orientación en naturopatía. Llegó al Cedisa (Centro de Desarrollo e Investigación de la Selva Alta), conoció a su director, César Villanueva, que le dio alojamiento y le recomendó que venga a mi consultorio porque yo trabajaba con plantas. Entonces le dimos un espacio en el consultorio para que atienda a pacientes con dietas alimenticias o con medicina natural.

Y me empezó a prestar libros y eso fue super interesante. Todavía estábamos en la parte biológica, en la parte de dietas alimenticias, de baños y de todo eso. Otras formas de diagnóstico. Pero él quería estudiar la medicina tradicional amazónica. Entonces empezó a recorrer, a investigar, a

³ Médico francés, esposo de Rosa Giove, cofundador del Centro Takiwasi.

hacer un mapeo de curanderos aquí en la región, creo que visitó unos cuarenta y tantos curanderos, con cosas bien interesantes, empezó a trabajar con algunos, seleccionando de acuerdo con compatibilidad recíproca, a ver cómo trabajaban.

Yo tenía un chico que me dejaron en el consultorio, que había sido golpeado, no tenía familia y vivía en mi casa como un hijo (José Campos). Como para que cambie un poco de aire, sacarlo de la casa, le dije “¿Por qué no le acompañas a Jacques en su investigación y aprendes un poco?”, de paso que tenía mucha sensibilidad con las plantas. Ahí toma ayahuasca y me dice “He visto mi nacimiento, he visto mi futuro, he visto sirenitas, he visto eso y esto”. Entonces, ahí me decidí a tomar por primera vez.

Fue como si estuviera con el título bajo el brazo, me fui con el estetoscopio, con tensiómetro, con una linterna en la boca que se prendía con el diente y una libreta para tomar apuntes. Me fui con mi vestido más querido, en esa época eran vestidos largos. “Has venido de bruja” fue lo primero que me dijo el curandero Wilfredo Tuanama⁴. A ese curandero nos recomendó Jorge González (profesor en la Universidad de San Martín), porque tomaba con él. En esa primera experiencia, no tuve mayor cosa. Siempre había soñado mucho y pensé que me había dormido y que había soñado. Wilfredo me dijo “¿Cómo vas a ver algo si estás con tu linterna escribiendo?”.



Wilfredo Tuanama (izquierda) y su maestro Ricardo Pezo de Pucallpa, con Jacques Mabit, Tarapoto, 1987.

La siguiente vez ya fui sin tanto aparato, más dispuesta a entregarme a la planta. Y nuevamente tuve la sensación de que me había dormido, que había soñado, soñado, soñado. Y entonces pensé “Pues, ¿para qué voy a venir a tomar una cosa que tiene mal sabor, estar incómoda toda la noche a ver cómo vomitan los demás? Mejor duermo en mi cama” y dejé de tomar un año.

⁴ Ayahuasquero de Tarapoto, ejercía en su casa en el Pueblo Joven “9 de Abril”. Formado por su maestro ayahuasquero Ricardo Lozano de Pucallpa.

Y en ese año, de un momento a otro, tomé conciencia de que había varias cosas que habían cambiado en mi vida y que lo único que me había podido cambiar eso era la toma de ayahuasca porque se relacionaba con los supuestos “sueños” que había tenido. Cuando conversé de mis “sueños”, me di cuenta de que no eran sueños sino visiones, que así eran las visiones. Yo estaba esperando ver como en una pantalla de televisión, con los ojos abiertos.

En esa época, yo tenía fobia a los perros. Tuve todo un rollo, una historia con los perros. Si yo estaba conversando, como ahora, y entraba un perro, yo no lo veía, pero mi cuerpo se estremecía y yo empezaba a buscar si había perros. Y cuando había perros, yo corría. Y corro menos rápido que los perros y siempre me mordían.

En un momento dado, me di cuenta de que Jacques se había ido de viaje y me había encargado su pastor alemán en mi casa y que yo pasaba junto al perro, lo acariciaba, le daba de comer. Y de repente pensé “¿Qué hago yo con un perro en mi casa? Me está fallando el radar, ya no me asusto, ya no siento el peligro cuando veo un perro. ¿Se me había ido la fobia! ¿Y qué había pasado? Lo único que había pasado era una visión en sesión de ayahuasca donde, de bebida, mis padres me decían, muy asustados, que no me moviera por el perro cerca de mi cuna. No me acordaba nada de ello. La historia completa la corroboré con mi mamá. Yo había tenido una perrita que se murió de mal de rabia debajo de mi cama.

Y desde ahí me acordé de que, cuando era chica, con mi hermana queríamos un perro, pero mis padres nunca nos permitieron tener un animal. Una vez, mi papá, a lo más que llegó fue hacer una banca de cuatro patas con su cabecita y su colita de sogá. Solo tuve un gato cuando fui mayor, que lo metí a la fuerza a la casa. Pero nunca hemos tenido conscientemente un perro, aunque a mi hermana le encanta. Nunca me habían contado el cuento. Cuando fui a Lima le conté la escena a mi mamá y me dijo “¿Cómo te puedes acordar de eso si tú eras chiquitita? ¿Tú no te puedes estar acordando de eso?”. Le dije que lo había soñado, porque si le decía que tomaba ayahuasca me hubiera regañado.

Entonces ahí me di cuenta del potencial curativo que tenía. ¿Cómo era posible sanarse sin pasar por la conciencia, por una sesión de psicoanálisis, mediante las palabras? ¿Cómo esa planta puede entrar de frente al trauma, dártelo, devolvértelo en una forma amigable, en la forma de un sueño, y curarlo? Ahí se me abrieron los ojos y se despertó mi interés porque sentí que había una capacidad de terapia increíble en eso. Había un conocimiento tan fuerte, tan válido, menospreciado por la ciencia y que, en realidad, eso era verdadera ciencia.

¿Porque hacer ciencia debería ser repetir como loro lo que dicen los libros? Ahí se está haciendo un acto de fe: “Yo creo que lo que dice mi libro es cierto”. Es lo que hacemos, ¿sabes?, es una nueva biblia. Pensamos que lo que dicen los libros es 100% cierto, pero no lo comprobamos personalmente. Dicen que la vacuna evita una enfermedad y después de años aparece que esa vacuna da cáncer, provoca enfermedades, distrofias y todo lo demás. Eso no lo decía mi libro, ¿no cierto?

A partir de ese momento, me metí de frente a curiosear. Me fui con una lista de preguntas para la Ayahuasca. Me contestó a algunas para picarme el diente, y me dio otras tareas. Y en ese plato estamos hasta ahora. Me voy con preguntas y me contesta algunas. Y después me da otras tareas a hacer. Y parece que va a ser siempre así.

Pero yo creo que es una cuestión sumamente interesante. Porque de algún modo se trata de un contacto con una inteligencia que uno no toma en cuenta. Las plantas, la naturaleza tienen una

inteligencia propia. Tienen capacidad de conectarse, si es que uno tiene la humildad suficiente para bajar el copete y decir “bueno, mi título acá no sirve, a mí no me han enseñado eso”. Al inicio, de hecho, siempre la tentación es grande: uno ve un arcoíris en sus manos y piensa que tiene fuerza. Quiero hacer tal o cual cosa, quiero ser curandera. Y de pronto me di cuenta de que, en realidad, más que todo soy médica, que tengo un conocimiento que para mí es válido, que me es valioso, que me gusta. Mi profesión me gusta, no voy a renunciar, pero tampoco al otro. Entonces vi la posibilidad de hacer un híbrido, de seguir aprendiendo, de ver en qué caso conviene uno, en qué caso el otro, todo está al servicio de la salud que es lo importante. Hay que ver dónde uno puede cumplir un rol mejor, en qué punto mejor uno se ubica según lo que sabe, y que lo que aprendí pueda precisamente servir a la medicina tradicional.

Las plantas, la gente, tienen que ver con la tierra donde están. Cada tierra tiene su forma de ser, su personalidad y se expresa en sus plantas y se expresa en su gente. A mí, por ejemplo, no me gusta la sierra, hace frío, la gente está más cerrada. Cuando tuve que hacer mi servicio civil, me tocó ir a la sierra y me vine aquí haciendo trampita, moviendo influencias. No quería ir a la sierra. ¿tú te das cuenta? como cada tierra marca, pone su sello a la gente, su carácter, sus plantas, todo. Es el mejor ejemplo de que somos hijos de la tierra.

2. El reto de los estados modificados de consciencia para los Occidentales

Muchas veces me dicen que las plantas son drogas. Todo lo que genera un estado modificado de consciencia asusta mucho a la “ciencia” y no debería ser así. Se supone que la ciencia es precisamente un espacio donde uno puede curiosear todo lo que quiera, investigar, tratar de resolver sus dudas existenciales más internas, más profundas, más importantes, ¿Qué es más importante que la relación del ser humano con el todo? Pero desdichadamente la ciencia se ha vuelto una especie de secta, podríamos decir así, donde lo único que se hace es pesar, medir, cuantificar, negar todo lo que es espiritual, todo lo que no se ve, no se toca, no se mide. Se asusta porque escapa de su poder y todo se convierte entonces en una cuestión de poder.

Yo y Takiwasi en general, tenemos una actitud muy crítica hacia el New Age, porque en el movimiento de la Nueva Era, muchas veces se habla de una conexión directa con lo divino, con lo más alto, pero es un espacio divino sin Dios, es un “dios” que depende del ser humano, que está sojuzgado al capricho del ser humano. Se habla mucho de la vuelta a los ancestros, a las culturas tradicionales, pero cuando se analiza la forma de comportarse, en realidad lo que yo encuentro es un profundo desprecio a todo el conocimiento ancestral. Por ejemplo, se ve a personas New Age que toman plantas y, a los 15 días, ya están con pinturas en la cara y plumas en la cabeza, pensando que son curanderos y que pueden dar ayahuasca. El ser curandero es un proceso que involucra años, años de vida, y con fuerte compromiso. Cuando uno va a la universidad, atiende su clase, lee su libro, y después hace lo que le da la gana con su vida. Pero si uno está en el camino de aprender el manejo de plantas y todo lo que conlleva, no tiene descanso, no hay separación entre el aprendizaje, con sus dietas y restricciones, y la vida cotidiana.

El que está aprendiendo a ser curandero, precisamente, debe tener muchísimo cuidado con su vida personal, con sus relaciones, con su energía sexual, con su alimentación. Y a más nivel y más tiempo de trabajo con las plantas, hay mayor cuidado y exigencia. Vale decir que no es porque uno tiene más experiencia que ya puede permitirse ser descuidado, es al revés.

Como ilustración, siempre decimos que el trabajo con las plantas es como aprender a manejar un vehículo. Cuando uno está aprendiendo, al inicio es cómo manejar en una patineta, entonces se puede caer y no pasa nada, cuando uno toma un poquito más ya es una bicicleta, después es una moto de alta velocidad, entonces la caída se vuelve cada vez más seria. El error puede ser mucho más lesivo conforme uno va avanzando. No es como en otros campos. Por ejemplo, en cualquier carrera técnica, cuando uno tiene mucha experiencia, puede cometer un error, pero lo sabe arreglar. Con las plantas también se sabe arreglar, pero la consecuencia puede ser mucho más dura. Entonces ahí el respeto se impone.

Muchas veces me han dicho “¿Cómo se va a hacer caso a esos curanderos que creen esas cosas que no existen, qué cosa es sino pura creencia?” y ahí siento un desprecio a la cultura y al conocimiento, a la sabiduría, a la persona misma del curandero.

La primera vez que hice una dieta, como todos, he tratado de racionalizar lo que nos decía el curandero y he patinado.



Don Guillermo Ojanama y su esposa Mamanchi.



Don Guillermo Ojanama preparando remedio para dieta, 1987.

En mi primera dieta con don Guillermo Ojanama⁵, con ushpawasha sanango⁶, no me dijo qué cosa no iba a comer después. Entonces le pregunté al maestro “¿La dieta va a ser muy complicada después? porque yo voy a trabajar”. Me contestó “No, doctorita, pocas cosas, el chancho, el trago, el ají, eso no más vas a dietar”. Terminó la dieta y me dice “Ah, eso sí, no vayas a comer, gallina mutishca, ni ventishca, ni carioca, ni negra”. Yo que compro la gallina muerta en el mercado, ¿cómo sé qué color de ojos tiene y si es mutishca o no, si será carioca o no?

“Pero usted no me ha dicho eso”.

“Ah, pero se sabe”.

Y tampoco pescado con muela, y tampoco eso y esto, y tampoco el pato. Y yo, antes de ir a la dieta, había comprado una linda patita, una patita así chiquita, bonita, y fui alucinando en cocinar

⁵ Maestro curandero de Chazuta, valle del Huallaga, vegetariano y especialista de las “dietas”.

⁶ Planta-maestra, *Tabernaemontana undulata*.

mi patita con naranja, y después supe que no podía ponerle naranja, y ya qué importa, la comeré así sin azúcar. Estaba esperándome en el refrigerador y desde el último día de la dieta pensaba “bajo de la dieta y hago mi patita”.

Y me dice, ¡“no puedes comer pato”!

“¿Por qué?”, le digo.

“Por qué es familiar del chancho”.

“El chancho tiene cuatro patas, el pato tiene dos. ¿Por qué es familiar del chancho?”

“Es su pariente del chancho”

Yo he ido y he cocinado mi patita y me la he comido. Con gusto, estaba bien rica, y no estaba muy grasosa, no sabía nada.

Al día siguiente, tengo un dolor de estómago y Don Guillermo viene, me toma el pulso y me dice “Ya has quebrado tu dieta ¿qué pasó? ¿qué has comido?” Y yo le digo “patita”...

“Yo te he dicho que es su familia del chancho”.

Entonces me arregló mi dieta, me sopló, me dio a tomar canela y algunas cositas, y desde ahí yo le he hecho caso, aunque me diga que es familiar del chancho y no sé por qué lado es el parentesco. Tal vez por ser un animal grasoso, no sé. Lógicamente, en la cuestión biológica no le encuentro la ligazón, pero a nivel energético debe haber un nexo.

Lo mismo con los pescados. Un pescado con escama se puede comer, sin escama no se puede. ¿Será porque el pescado sin escama se supone que es familiar del ofidio, de la serpiente? ¿El pescado con muela será que eventualmente se come a otros pescados?

Entonces es bien complejo.

3. Los mensajes de la Ayahuasca sobre nuestra relación con la naturaleza

A veces, en Occidente, uno tiene en mente que todo se ha hecho para el servicio del ser humano, y que el ser humano es el centro. Es una visión bien antropocéntrica y está, de veras, bien alejada de la realidad. Con eso del cambio climático, con todo lo de la alteración del medio ambiente, vemos que el ser humano no puede hacer lo que le da la gana con su entorno. Y es algo que causa mucha pena, mucho dolor. En especial en cuanto a la violación de la medicina tradicional, más que nada por parte del Estado, con la ley, con este estrabismo, por decirlo de algún modo. De hecho, la gente en la chacra, de algún modo, entiende eso, tiene una sabiduría más de tierra, digamos, y se da cuenta de que si atenta contra la naturaleza después no les va a producir su chacra. Es como un servicio mutuo que se prestan, uno está al servicio del otro y es una cosa que gira.

Pero cuando se adentra en el contar dinero y utilizar los recursos para ganar poder, ahí el equilibrio se tuerce, se desbalancea bastante. Decisivamente, muchas veces, uno no se da cuenta de que la vida misma depende del equilibrio y del cuidado con el medio ambiente. De hecho, la naturaleza no está solo al servicio del ser humano. El ser humano es uno más dentro de un ecosistema que involucra no solamente su medio interno sino a sus familiares más cercanos, su núcleo familiar, su núcleo comunitario, finalmente su núcleo cósmico, la naturaleza, el universo entero.

En ese sentido son interesantes algunas explicaciones científicas, si es que la necesitáramos para algo (en realidad no la necesitamos). Las últimas teorías como la de los campos morfogenéticos y las teorías cuánticas, a nivel científico dicen de alguna manera de que todo es energía, que hay cosas que uno no ve, y que cualquier mínima acción que uno hace repercute, no solamente en uno, en su medio más cercano, sino a nivel general, y es lógico.

Por hablar en términos materialistas, imagínate la cantidad de procesos químicos que se dan en nuestro cuerpo y cómo generan energía. Esa energía nosotros no la vemos. Nuestro celular emite ondas y si lo ponemos cerca de la cama podría causarnos tumores cerebrales, podría alterar grandemente el funcionamiento de nuestro cuerpo y, sin embargo, no se ve. Nuestro cuerpo también es como una gran batería, con todos sus procesos que alrededor generan un campo energético, magnético, y que uno no toma en cuenta. Entonces cuando nos servimos de la naturaleza para nuestros fines, o simplemente cuando deforestamos todo lo que hay alrededor de la casita porque se tiene miedo a las culebras, tiene un costo importante, no solo a nivel de la salud, sino también en la energía, la alimentación, la economía, la salud de la tierra, y de eso no se habla mucho.

Los curanderos antiguos, tradicionales, son bien conscientes de eso, por esta razón, precisamente, su relación con las plantas es de bastante respeto, de equidad. En todas las regiones, en todas las culturas tradicionales se observan formas de reciprocidad, lo que llamamos acá los “pagos a la tierra”, o la retribución a la planta, o el pedir permiso a la plantita antes de cortarla. Esas costumbres se dan en todas las culturas, excepto en la cultura moderna.

Los chicos, a veces se creen el centro del mundo, pequeños reyes, y que pueden hacer y deshacer a su antojo; cuando hablo de los chicos no estoy hablando de los niños, ¡sino de los CEOs!